

Berenboom, Alain

El maestro del jabón. - 1a ed. - Buenos Aires : Dedalus, 2014.
168 p. ; 20x13cm.

Traducido por: Ignacio Rodríguez
ISBN 978-987-28200-3-9

1. Literatura Belga. I. Rodríguez, Ignacio, trad. II. Título
CDD 863

"Avec le soutien du Service de la Promotion des Lettres de la Fédération Wallonie-Bruxelles".

"Con el apoyo del Service de la Promotion des Lettres de la Fédération Wallonie-Bruxelles".

Título original: *Le maître du savon*

© 2009, Le cri.

© de la traducción: Ignacio Rodríguez

1ª edición: enero de 2014

© Reservados todos los derechos de esta edición para la lengua española

© Dedalus Editores

Felipe Vallese 855, Buenos Aires, Argentina

info@dedaluseditores.com.ar

www.dedaluseditores.com.ar

Diseño de cubierta: Crudele Ribeiro Diseño

Diagramación: Ignacio Rodríguez

ISBN 978-987-28200-3-9

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, digital, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Biblioteca Contemporánea  NARRATIVA

El maestro del jabón

ALAIN BERENBOOM

Traducción
IGNACIO RODRÍGUEZ

 **Dedalus** Editores

Escritor belga

Parece que soy un escritor de la Comunidad francesa de Bélgica. ¿Habrá algún librero que haya logrado alguna vez colocar esa etiqueta en el estante sin invadir el sector de al lado? Según el orden alfabético mis libros pueden confundirse con los de los coreanos o los de los cubanos. A menos que, para evitar confusiones, el librero haya elegido una abreviación que hace que mi especie sea definitivamente incomprensible: “escritores Co.fran.bel” o “francosbelg.” Quizás “comu.be.”, que hasta puede ser que alguien lo tome por comunista búlgaro.

Nací en Bélgica, bien hubiera podido ser escritor belga, habría sido tan fácil. Pero así es, la categoría no existe más. Recién empezaba a publicar y ya no se podía ser belga. Había que ser valón o flamenco... Yo, que nací en Schaerbeek, con gusto hubiese reivindicado el estatuto de escritor bruselense. Pero parece que esa apelación no perduró: demasiado bastarda para ser seria. ¿Escritor judío entonces? No, me dicen que es políticamente incorrecto. En lo que a mis orígenes respecta, embarullan todo.

Mi padre nació en Makow y mi madre en Vilno. ¿Quién

oyó alguna vez hablar de un escritor lituano-polaco que escribe en francés de Bruselas? Pocas esperanzas de que el librero la pegue...

Tengo de mis padres el amor por Bruselas y el gusto por las fronteras imprecisas. También de mi tío. Mi tío nació como mi madre en Vilno, desde donde huyó hacia Berlín debido a la amenaza bolchevique, luego a Bruselas ante la amenaza alemana, luego a Niza ante la invasión nazi, luego a Montevideo cuando los italianos ocuparon Niza, luego a Francia de nuevo cuando los movimientos comunistas comenzaron a aflorar en América Latina. Apenas se había instalado cuando ministros comunistas entraron al gobierno francés. Tendría que haber elegido volver a Bélgica, me confesó aquel día, donde la situación política es tanto más segura. Tengo de mi tío un excelente olfato político.

Tengo una tía en Toronto, primos en Haifa y no sé dónde, y los últimos restos de mi familia quedaron varados en Varsovia, seguros de la victoria comunista, esperando una pensión bien merecida como trabajadores de elite, que les pagan desde entonces gracias a la ayuda alemana. De ellos tengo esa fascinación por las subvenciones públicas, fascinación acompañada de un extraño sentimiento de vergüenza.

Mi abuela es una de las pocas sobrevivientes del gueto de Varsovia. Rubia de ojos celestes y rasgos cuadrados, pasaba por una verdadera paisana polaca, sosias

femenino de Juan Pablo II. Mi padre la encontró en 1945 gracias a la Cruz Roja y la hizo venir a Bélgica. Me cuidó cuando era chico, me contaba historias en yiddish, una lengua que no conocía, de ahí mi gusto por las historias incomprensibles. Más tarde se fue a vivir a Israel. Con setenta y cinco años, se encontró con un amigo de la infancia, sobreviviente como ella, con quien se casó. No estoy seguro de que haya sido un matrimonio feliz. En cualquier caso, hijos no tuvieron.

Todo eso para decir que con mis historias de familia se me hacía difícil hacer literatura, sobre todo literatura regional de la Comunidad francesa de Bélgica. Liège, Charleroi, Jehay-Bodegnée son nombres un poco extraños para mis oídos, menos familiares que Berlín, Makow, Montevideo o Vilno, ciudades que nunca vi y cuyas calles, plazas, ríos y gente, tal como yo los conocía, desaparecieron hace cincuenta años, si es que alguna vez existieron.

¿Con qué se hace entonces literatura de Bélgica? ¿Con historias judías? Cuando me hablan de humor judío, pienso en Cervantes. ¿Hay mayor obra maestra del humor judío que *Don Quijote*? El quid de la cuestión es que Cervantes no era judío... Claro que fue mucho tiempo prisionero de los árabes. ¿Pero no es un poco breve esa explicación? Sobre todo porque los verdaderos judíos españoles, Maimónides, Colón, no brillaron por tener un sentido del humor demasiado agudo. De todos modos, la

historia de Colón que descubre América y sostiene con obstinación que puso los pies en India tiene sal. Se reconoce en su actitud un gusto anticipado por el humor judío estadounidense... Pero ¿quién sabe si Colón era judío? No más probablemente que Carlitos Chaplin.

Colón, Chaplin, todos esos no judíos que tomamos por judíos ¡quizás sean los más interesantes creadores judíos!

Chaplin, el más célebre de los cineastas judíos estadounidenses era un inglés “puro”, expulsado de Estados Unidos, que terminó su vida en Suiza, después de que su ataúd sufriera a su vez algunas aventuras burlescas. Un destino apenas menos extravagante que el de Colón.

Nació en Italia, se hizo marino inglés, portugués, luego español en plena Inquisición para la muy católica y muy intolerante reina Isabel; mientras sus padres huían de España porque eran marranos, él terminó siendo virrey. Ahora bien, ¿qué nos acordamos de él? Una historia tonta de un huevo y su empeño en negar la existencia de América. Grandeza y grotesco mezclados...

Me gustan esos tipos que cambiaron mil pieles hasta volverse seres humanos, probando de paso que no son pocas las capas que se necesitan para pasar de bestia a hombre... ¿Qué decir de Colón? ¿Que era español? ¿Y de Chaplin? ¿Que era suizo? ¿Y del austrohúngaro Billy Wilder? ¿Y a I. B. Singer? ¿Dónde lo ponemos? ¿Con los

escritores estadounidenses? ¿Polacos? ¿Israelitas? ¿Y qué hacer con Conrad? ¿Con Ishiguro? ¿Con Rushdie? ¿Todos ciudadanos del mundo? Quizás. ¿Pero de qué mundo? Zweig, verdadero escritor universal, expulsado de Austria por la llegada de Hitler, se suicidó como Baillon, que se había ido a vivir a París diez años antes. Lo necesario para darles ánimo a esos amigos que me andan refregando sus raíces en la cara: de origen namurés, de origen liejés, judíos de origen sangilés. Me pasa que tengo vergüenza de no tener el más mínimo origen que mostrar. A veces, lo confieso, me invade la tentación de engañar y de inventarme yo también algunos ancestros locales. Pero después de un rato, la duda vuelve a invadirme. ¿Se puede ser inocente y tener ascendencia?

Es cierto que no necesariamente hace falta viajar para volverse universal. Pero ayuda... Los más bellos libros sobre Italia los han escrito un inglés, Barry Unsworth, y un español, José Luis Sampedro, y el libro más bello sobre China de los años treinta, un belga, Hergé. Entonces, pregunta: ¿qué boliviano, qué indonés, qué senegalés talentoso escribirá por fin la novela regional belga que hará por fin de Bruselas la nueva Jerusalén?